

con tal motivo se arrestó á temeridades, cuyos efectos iniciaron una época nueva en el mundo consuetudinario de administrar justicia. Cuando esta se dispensaba en el mayor secreto; cuando se admitían como la cosa más natural del mundo los cohechos; cuando se compraban los cargos de juez como se pudiera comprar un predio y en el pobre litigante sólo se veía una materia explotable por la logrería y avaricia de los magistrados; cerrar los ojos al peligro; no curarse del daño que puedan causar los omnipotentes arremetidos por una persona débil; acometer sin más arma que la pluma; supone aquel valor cívico indispensable á los reformadores en el asalto de los viejos abusos y en la defensa de los justos y humanos derechos. Dos cosas hizo en esta ocasión Beaumarchais que ligan su nombre á la historia del progreso universal; fué la primera interesar á la opinión en los pleitos, y fué la segunda dejar de llamarse vasallo, nombre que implicaba servidumbre, y como implicaba servidumbre, de toda legítima y natural opción á la justicia excluía, llamándose ciudadano, palabra mágica, sobre la cual no meditamos ahora por corriente, un poco tocada de ridículo á causa del énfasis con que la emplean aun hoy los partidos avanzados y que significaba entonces la cooparticipación de cada individuo, mejor dicho, de cada persona en la vida de toda sociedad y en la gobernación de todo Estado. Desde los parias, desde los ilotas, desde los esclavos antiguos en Roma, desde los siervos del terruño en la Edad Media, desde los vasallos del Rey en las monarquías absolutas, la correspondiente ascensión á ciudadano significa una serie tal de holocaustos y de martirios que podría empaparse la tierra en sangre como la esponja en el mar, si de una sola vez se hubiera derramado, y con los vapores de esa vertida sangre cargarse los aires y oscurecerse á nuestros ojos las estrellas. Aunque Beaumarchais no hubiese otro bien hecho á la revolución más que usar el nombre de ciudadano por vez primera, y á título de su ciudadanía pedir cumplida justicia, deberíamos contarle entre los iniciadores del progreso y rendirle tributo de perdurable agradecimiento.

Maupeau, grande canceller del Reino y autor de la nueva magistratura, se había engallado mucho desde que tuvo el amparo de la Dubarry, jefe de la reacción devota, contra medidas tan propias de los Reyes filósofos, como la expulsión de los jesuitas; y á su manera y grado había compuesto el organismo de la justicia. Las muchedumbres parisienses y los salones aristocráticos estaban de acuerdo en aborrecer al partido devoto y no querían cosa, por buena que fuese, proveniente de las cofradías reaccionarias. Por consecuencia, cuando intentaba contra las hechuras de Maupeau, Beaumarchais, otro tanto parecía de perlas al público, aplaudiendo sin tasa las temeridades y trampolinadas del audaz litigante. Horas amargas corrieron para él durante aquella lucha titánica. En algunas de sus incidencias, Beaumarchais acarició el suicidio. Hasta dicen que amartilló una pistola para saltarse la tapa de los sesos á súbito pistoletazo entre la redacción de un acuerdo y su notificación á él. Pero los resultados últimos fueron un triunfo completo así para su persona, como para

su causa. Y no podía menos. En los maravillosos folletos escritos durante tales procesos y litigios, comenzaba el periódico moderno, ese glorioso instrumento, con cuyos filos hemos roto las cadenas del siervo. Lucidez prodigiosa; facilidad que presta como aire de juego á los pensamientos más profundos y el estilo más estudiado; saltos mortales desde lo sublime á lo chocarrero; una fuerza invectiva que mata con su contacto á todos cuantos toca; desde ática ironía semejante á estilete aureo, hasta brutal sarcasmo de taberna y dichos de borracho; retratos rápidos de los puestos en la picota por sus acusaciones para que los vea el público bien; fiscalizaciones de una tan grande acusadora intensidad, que cada frase abre una herida en el acusado; lógica impenetrable, junta con elocuencia inextinguible; tras un dardo ponzoñoso, una oración piadosísima; toda la variedad, toda la riqueza, todos los fecundos recursos del moderno periódico en semejante libelista. Nuestras costumbres de hoy no permiten los atrevimientos y audacias de aquel período. Para encontrar algo semejante hay que subir á las declamaciones de Cicerón ó Demóstenes contra Filipo y Antonio. Las mujeres metidas á dar sentencias, las actrices hechas oráculos de Astrea, las propinas llevadas á manos de la magistratura, los inquisidores como redivivos, las inquisiciones prolijas hechas por cualquier nonada, el informe sobre usos y costumbres del pleiteante ó del reo, lo inacabable de todo procedimiento y lo intrincado de todo problema que agravaban corchetes y escribanos para obtener tiempo y dinero, llevándose todos ellos al cabo la vida de los pobres entregados á la justicia, están en sus folletos presentados de mano tan maestra, que después de haberos divertido como un recreo literario, dejan en el ánimo indignación duradera contra los abusos, la cual indignación toma carácter de un hondo convencimiento, incitándoos á la santa empresa de combatirlos y soterrarlos. El estro y la facundia de Beaumarchais contra los gobernantes y jueces de su tiempo, me recuerdan el estro y la facundia de Quevedo. Menos sabio y menos profundo, por tanto, que su glorioso antecesor; sin el apego al retruécano y al equívoco, propios del siglo décimo-séptimo; tienen la misma hiel acerba que derramar sobre los abusos uno y otro. Pero en Quevedo se observa el hombre de pensamiento y en Beaumarchais se observa el hombre de acción. Resignase y conformase con la estrella de su tiempo el uno, aunque la maldiga, como cumple á un hombre del siglo décimo-séptimo, abrumado por una monarquía, que no puede contrastar, mientras el otro siente que viene la revolución á curar el mal y la invoca y la llama.

Después de haber combatido por la libertad de sus conciudadanos, combatió por la libertad de todos los hombres en la empresa grandiosa de América. Junto á Franklin, junto á Lafayette y junto á Washington, está Beaumarchais. No brilla con la luz espiritual de tales nombres gloriosos, porque á su intento va mezclado el interés; porque su más saludable obra en todo tiempo adolece del carácter de conjuración é intriga; porque antes se nos aparece como empresario y contratista que como pensador y héroe. Empezaba la guerra de América por su independencia, y con la guerra de América empezaba una conspiración á

favor de su derecho en Francia, que interesó á Voltaire, interesó á Rousseau, interesó á Lafayette, interesó á todos los franceses de corazón y de pensamiento. Pero á Beaumarchais le tocaron las dos partes peores del asunto: la conspiración y el negocio. Le tocó la conspiración, porque Francia, muy propensa de suyo á los americanos libres, no podía favorecerlos por aquella sazón crítica sin arriesgarse á un conflicto armado con Inglaterra, y tenía que favorecerlos en secreto, requiriendo y encontrando para este objeto al aventurero folletista. Debía éste, después de buscar en secreto los voluntarios, armarlos, y después de armarlos y proveerlos de cuanto necesitaban para puntos lejanos y empresas vastísimas, tenía que comprar y armar buques, encargados permanentemente de un servicio tan misterioso como el de procurar á los enemigos de un pueblo vecino fuerzas y armas con que vencerlo. En toda esto había por necesidad, amén de misterio y de secreto, mucho de negocio. No se podía intentar todo lo por él intentado, en caso tan extraordinario; sin muchedumbre de agentes secretos, como no se podía llevar á cabo sin el allegamiento y empleo de fondos secretos también. Por muy honradas que las personas sean, el misterio en todo lo relativo á política, y el secreto en todo lo relativo á fondos quitan inercia moral, en vez de darlas; y disminuyen todo crédito en vez de aumentarlo. Quien de sus actos políticos no puede dar cuenta y de sus negocios tampoco, está muy expuesto á que la malicia geuere la murmuración, y esta murmuración fomenta la calumnia. Coincidían también otros misterios en la vida de Beaumarchais con este misterio. Un gentil hombre castellano, que se llamaba Clavijo, le había robado el honor á una hermana suya, y él vino á Madrid con objeto exclusivo de vengarse, y se vengó. Se habían escrito libelos en Londres y en otras partes contra la Reina y contra madame Dubarry; él fué comisionado á las cortes europeas para comprar los libelistas. Se metió en asuntos y empresas aditoriales, publicando las obras completas de Voltaire. Pues de un duquesillo alemán reinante obtuvo, porque algunas de éstas no podían entrar en Francia, nada menos que un fuerte antiguo como almacén y centro de contrabando. En lo relativo á la guerra de América, llegó hasta poseer cuarenta buques de diversas dimensiones y capacidades y portes; pero todos bien armados. Cuando el secreto no pudo guardarse, y por lógica consecuencia con ello, rompieron la Gran Bretaña y Francia en guerra, los cuarenta buques del folletista combatieron al lado de la marina real con honor y con empuje. Mas la reputación del negociante no pudo precaverse de la malicia; y su nombre quedó maltrecho en la empresa. Sin embargo, ahora que América es libre, y la revolución universal está hecha, ¡cuántas máculas se han caído de todas estas figuras y cuánta gratitud no les debemos por todo lo intentado á favor de la libertad y del progreso!

Mas aquello que principalmente distingue á Beaumarchais y transmitirá su nombre á la más remota posteridad, es el teatro. Personaje de sus aptitudes y de sus facultades; metido en grandes conjuraciones é intrigas á la continua; yendo de aventura en aventura disparado como una flecha; con duelos y lances de honor continuos; entre revolucionarios y

comediantes; ya con dramáticas compañías ó ya con cortesanías; un día en Versalles y otro en la Bastilla; persiguiendo magistrados y salvando actrices; empresario en una guerra como la guerra de América donde había tantos héroes; político y periodista en cuanto aquellos tiempos lo permitían; su vida era un drama continuo, y dentro de su cabeza llevaba el estro y dentro de su corazón el sentimiento dramático; aumentado por una grande y natural ironía de tanta intención páfida como abundantísima gracia. En España no se pone como en Francia *El Barbero de Sevilla*. Entre los franceses aparece como un drama del repertorio nacional; y en España lo saboreamos principalmente por la ópera. Bien es verdad que ha puesto en tal ópera el inmortal Rossini todos los primores de su inspiración y todos los jugueteos de su estilo. La risa retoza en el cuerpo desde la primera escena; y Figaro es un francés del Boulevard traducido al Guadalquivir, como Gil Blas es un español de nuestros noveladores picarescos traducido al francés. Pero, tras de la Ópera, que obedece sólo al arte, un simbolismo revolucionario, enderezado contra las antiguas instituciones, se percibe. Rossina es la Nación, sobre cuya persona quiere dominar en tutela perpetua el mostrenco de don Bartolo, personificación del secular monarca, quien, llevando las pesadas llaves de su casa en el cinto, ve que le abren sus enemigos las puertas, y teniendo una previa censura muy rigurosa, que llegan á manos de su pupila todas las cartas. Don Basilio, un organista, es el clero, natural auxiliar de la Monarquía; pero tan incierto en sus propensiones y tan pervertido en sus costumbres que se decide por los enemigos del Rey en cuanto éstos le atraen á su bando, y causa con el cebo y el señuelo de cualquier donativo. El Barbero es el pueblo, Almaviva el patriciado, quienes, puestos de acuerdo, y atrayéndose á don Basilio, destruyen la tutela de don Bartolo, el Rey absoluto, y concluyen por emancipar á la Nación, es decir, á la hermosa Rossina. ¡Oh! Han pasado cien años de su representación, y el Barbero de Rossini conserva su frescura, mientras el Barbero de Figaro ha perdido su oportunidad. Ya no hay tutores de los pueblos con llaves de la Bastilla en el cinto y previa censura sobre las cartas; no hay nobleza como familia privilegiada y aparte por sus facultades á las que no podían aspirar sus conciudadanos; el clero perdió sus bienes y su influjo, pero en aquel tiempo, todo, aunque cuarteado, estaba de pie, fortaleza enorme que fuera trono del privilegio y ergástula de nosotros, los siervos, únicos capacitados para estimar ahora cuanto contribuyeron aquellas fábulas de Beaumarchais, aquellas sátiras de mortal picadura, los equívocos graciosos, las frases revolucionarias, las fórmulas de derecho convertidas en apotegmas populares, al destronamiento de los opresores y á la emancipación de los oprimidos.

Pero el drama esencialmente revolucionario de Beaumarchais, fué, sin duda, el *Matrimonio de Figaro*. No revestía éste los caracteres alegóricos del Barbero de Sevilla; mas, en cambio, presagiaba los discursos revolucionarios de las Asambleas constituyentes y de la Convención Nacional. En aquellos monólogos fluidos; en aquellos diálogos chispeantes;

en sus escenas, menos movidas que las del teatro de capa y espada nuestro, y no menos interesantes; á cada paso iban saltando alusiones terribles á los viejos poderes históricos, y apotegmas conducentes al triunfo de un derecho nuevo y á la organización de otra sociedad mejor. La corte y los cortesanos; las camarillas instaladas en los respectivos cuartos donde habitaban el plantel de princesas y príncipes que componían la familia reinante; los ganapanes apegados como pulpos y ostras á la Corona; el clero venal corrompido; los abates galantísimos; de juego, de borrhachera, de holgorio siempre; las grandes dinastías de gentiles hombres poseyendo todas las riquezas, y sin haberse tomado para ello más trabajo que el trabajo de nacer; los restos de la Inquisición reunidos en imbécil censura, desempeñada por censores idiotas; las rentas públicas dispendiadas entre bailarines, far-santes, jugadores, nombrados ministros por prometer una martingala increíble á los mangoneadores todopoderosos; la renta de oficios abandonados, como los bienes mostrencos; todas las maldades múltiples de aquella sociedad enferma salieron á la colada en el *Matrimonio de Figaro*, que promoviendo primero la risa del pueblo, por presentarse bajo un aspecto ridículo, concluyeron, por promover la indignación, á cuyos latidos empiezan las revoluciones sin medida y los levantamientos y los combates sin tregua. Aunque Beaumarchais no se recataba de lo hecho, y leía su comedia en todas partes y á todo el mundo, una cosa era comunicarla sólo á contados amigos y otra ponerla en conocimiento de todo el pueblo. Así, las gentes previsoras, que creían indispensable defenderse contra el torrente revolucionario y resistirlo, se coaligaban con el objeto de impedir una representación pública de pieza tan escandalosa. «No puede representarse hoy, decía Beaumarchais con verdadero lenguaje profético, no puede representarse hoy en las tablas del teatro francés; pues se representará muy pronto en el coro de Nuestra Señora». El Rey, la Reina, una parte de la familia real oyeron la lectura del drama ó comedia en sus cámaras y experimentaron emociones bien diversas y contrarias. Mientras la Reina, con su natural histórica ligereza, propendía de suyo á permitirla, oponiase con todo empeño el Rey, diciendo que para poner tal obra en el Teatro francés, precisaba derribar antes la Bastilla. Mas Beaumarchais, que había en sus pleitos personales apelado al tribunal de la opinión pública, recurrió en sus pleitos literarios á tan excelso jurado. Y así como en un caso asaltó el fuerte de la vieja magistratura, en otro caso asaltó el fuerte de la institución bárbara, inquisitorial, el fuerte de la censura. Llegaron á tales extremos los esfuerzos y el vocerío de las gentes, que se resolvió representarla para recreo de unos pocos privilegiados en un establecimiento semi-oficial y semi-público. Pero, cuando ya estaba reunida esta feliz concurrencia, suspendieron la función y agujonearon así la curiosidad. El primer triunfo de la revolución, el primer paso hacia la Bastilla, el primer paso asestado por el verbo filosófico á la vieja Monarquía, fué la primera representación del *Matrimonio de Figaro*. La realeza quedaba del todo vencida y triunfante la revolución.



## CAPÍTULO DÉCIMO-SEXTO

Los Notables.

ERRO volvamos á Calonne, después de haber visto á Figaro, personaje primero del teatro entonces, muy análogo con el primer ministro de Palacio, ministro también charlatán, facilitón, celestino más ó menos hábil, intrigante, inquieto, conspirador y afluente. Mientras hubo de qué dar, no puso á las larguezas tasa. Pero dispendiaba un millón de francos al día sobre los gastos ordinarios. Así la catástrofe no podía tardar. Dios daba por el pie á las instituciones inapelablemente condenadas, no arrancándoles de las sienas aquella corona, en que resplandecía el derecho divino, quitándoles tierras de las plantas, hasta concluir las, antes que por sus dogmas, por su economía. Verdad que las ideas fueron causa primera de tanta revolución; pero los intereses fueron causa ocasional. Así, mientras las personas reales visitaban los sitios recién adquiridos; mientras los príncipes de la sangre se deshacían de sus importunos y apremiantes acreedores; mientras dormían los nobles á pierna suelta, encantados de sus privilegios; mientras Calonne hablaba con toda serenidad y divertía con su elocuencia persuasiva el ánimo de la corte, ocultándole cómo se cuarteaba todo el edificio de la realeza y se avecinaba una irremediable catástrofe; mientras los cortesanos reían ó bailaban, yendo del dorado garito á burdeles blasonadísimos; el déficit se acercaba, y con el déficit la suspensión del pago de sus rentas á todos los privilegiados. Por más que los hacendistas se devanaban los sesos, discurrendo expedientes tras expedientes, no había otro medio de conjurar el mal que pedir tributos á los exentos de tribu-